

January 2015

## La educación como horizonte para recuperar la confianza en un país herido por la violencia

Carlos Enrique Carvajal Costa, Fsc.  
*Universidad de La Salle, Bogotá, carloscarvajal@lasalle.edu.co*

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

---

### Citación recomendada

Carvajal Costa, Fsc., C. E. (2015). La educación como horizonte para recuperar la confianza en un país herido por la violencia. *Revista de la Universidad de La Salle*, (66), 75-82.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact [ciencia@lasalle.edu.co](mailto:ciencia@lasalle.edu.co).

# La educación como horizonte para recuperar

la confianza en un país herido por la violencia

Carlos Enrique Carvajal Costa, Fsc.\*

## ■ Resumen

La educación es un camino para construir la tan anhelada paz y para recuperar la confianza en el otro, pues permite constituir mejores ciudadanos comprometidos con la transformación social. La academia debe hacer posible la vivencia de los valores como realidades que se disfrutan en la experiencia presente y cotidiana, y no únicamente como conceptos o ideas que se memorizan y se graban en la mente. En este artículo se comparten algunas reflexiones en torno a la edificación de la paz, teniendo presente el papel importante que desempeña la educación en la construcción del tejido social.

**Palabras clave:** educación, violencia, valores, ciudadanía, democracia.

---

\* Licenciado en Educación, Estudios Religiosos, Universidad de La Salle; Magíster en Educación, Universidad Javeriana; Magíster en Dirección Universitaria, Universidad de los Andes; doctorando en Estudios Sociales, Universidad Externado de Colombia. Vicerrector académico, Universidad de La Salle, Bogotá (Colombia). Correo electrónico: carloscarvajal@lasalle.edu.co

Empiezo este artículo con una pequeña historia referida por Luis Augusto Castro, arzobispo de Tunja, durante el XI Encuentro de la Asociación Internacional de Universidades de La Salle, que se realizó en marzo de este año a propósito del proceso de paz que se adelanta en La Habana, esta historia nos sirve para realizar un alto en el camino en tiempos de reconciliación. Sus palabras fueron algo así: “Un campesino salió de cacería, cuando empezaba la noche. Después de una cuidadosa observación vio entre la obscuridad una sombra grande. Por unos instantes pensó que debía tratarse de un animal grande y salvaje y que debía estar preparado para defenderse. Cuando estaba a punto de disparar, se dio cuenta de que la sombra era la de una persona. Imaginó que era alguien peligroso que lo estaba siguiendo y volvió a apuntar su arma. Cuando iba a disparar se dio cuenta de que la sombra era la de su hermano que también había salido a cazar para conseguir alimento para su familia. Se saludaron afectuosamente”.

Este es el camino que a nivel de percepción, y sobre todo de corazón, tiene que realizar todo colombiano para recuperar la confianza y ayudar a edificar la paz. Pasar de ver al otro como enemigo peligroso a verlo como ser humano. Ante la pérdida de convivencia ciudadana en el país, ¿cuánto tiempo más necesitaremos los colombianos para recuperar la confianza entre nosotros y dejar de relacionarnos como seres extraños? La esperanza, sin duda alguna, está sembrada en el papel que debe cumplir la educación en el país.

Como colombiano, estoy convencido de que la guerra y el uso de la fuerza son los grandes enemigos de la vida, del desarrollo humano, de la confianza ciudadana y de la democracia. Transformada la guerra y la destrucción por el pensamiento crítico, la fuerza de la palabra y del diálogo, se logran conseguir reivindicaciones ciudadanas. Alcanzar el tiempo transcurrido para comprender nuestra propia realidad nacional y cooperar con otros para transformar el orden social en que queremos vivir y proteger para la dignidad de todos es una manera de ser ciudadano responsable y proactivo para contribuir al ordenamiento de la sociedad y del Estado.

Pareciera que en la guerra los que combaten con mayor crueldad son los que han perdido a familiares o compañeros. Por ello, la violencia se fundamenta en

parte en la biología y la historia, según José Sols (2008). ¿Qué quiere decir lo anterior? Que junto al rasgo agresivo del hombre, como animal racional, que le permite equilibrar el grupo, mantener el territorio, fortalecer la defensa, la reproducción y la jerarquía social, tenemos el antecedente de que todos nacimos en una sociedad en la cual ya había violencia y, casi todos, al ejercer la violencia, sentimos que respondemos a una violencia anterior que se ha ejercido contra nosotros en forma de agresión física, de pérdida de convivencia ciudadana, de humillación o de impedimento para vivir con tranquilidad.

De ahí lo que un filósofo expresó: nacemos humanos, pero eso no es suficiente, tenemos que llegar a serlo (Savater, 2001). Todos los seres humanos nacemos con las semillas de la bondad, la tolerancia, la racionalidad, la generosidad, la compasión, pero también traemos algunas semillas imperfectas como la agresión, la crueldad, la indiferencia, la xenofobia. Dependiendo de la calidad del medio, estas semillas pueden mantenerse latentes o germinar con fuerza, pueden morir o florecer (Lucini, 1996).

La violencia es el resultado de un proceso social e histórico compuesto por dimensiones políticas, económicas, culturales, psicológicas, neurofisiológicas y orgánicas. La violencia sería incomprensible sin este enfoque multidimensional. Entonces, tendremos que ser conscientes de que con la firma de la paz, en Colombia no desaparecerán de inmediato todos nuestros problemas; habrá que seguir recomponiendo el tejido social, hacer posible la equidad, la justicia y la igualdad de oportunidades para todos, pero también será necesario desarmar las mentes y los corazones de los que produjeron la violencia y de quienes han sido víctimas de esta.

Luis Rojas Marcos sostiene que: “La violencia constituye una de las tres fuentes principales del poder humano; las otras dos son el conocimiento y el dinero. Estas tres fuerzas afectan nuestras vidas desde que nacemos hasta que morimos” (1995). La violencia cruel, sin embargo, es la forma más inferior y primitiva de poder, porque solo se puede usar para castigar, para destruir, para infundir miedo, para hacer daño. A veces el excesivo pesimismo nos debilita la esperanza al pensar que este mundo no tiene solución, y que son tiempos ma-

los para la paz, no solo para Colombia, sino también para otros países. Por otra parte, las personas que transmiten optimismo nos alientan a generar los grandes cambios a partir de las pequeñas realidades en las cuales nos desenvolvemos.

Necesitamos cambiar el modo de percibirnos y relacionarnos los unos con los otros, por cuanto el sufrimiento, el desperdicio y el coste humano que ocasiona la violencia son incalculables. De hecho, el rechazo de la violencia es un rasgo significativo de la humanidad. La muestra de que la gran mayoría de las personas no somos destructivas es que al aferrarnos a la vida, perduramos. Si fuéramos por naturaleza crueles, la sociedad no hubiera podido avanzar, porque ninguna sociedad puede existir sin solidaridad, sin que sus gentes estén continuamente cooperando las unas con las otras. No podemos ignorar que los antídotos más poderosos y universales contra la violencia son las manifestaciones altruistas naturales de las personas, de ahí que la belleza de los actos humanos sea permanentemente reconocida y exaltada.

En este sentido, a pesar de los grandes males que aquejan a la humanidad, no podemos seguir favoreciendo el cultivo de la violencia, ello no permite la resolución de las diferencias y los conflictos entre los individuos y las comunidades. Para el entendimiento humano y la búsqueda de soluciones más loables a los conflictos interpersonales y sociales, la Universidad opera como centro de reunión de la comunidad de formación, en la cual se ponen en evidencia valores como el diálogo, la comunicación, la escucha, el respeto, la participación democrática, la confrontación de ideas y la búsqueda consensuada de acuerdos en beneficio del crecimiento y del desarrollo del nuevo ciudadano, para la Colombia de la paz. Un nuevo ciudadano capaz de defender sus derechos y los derechos de los demás, capaz de controlar y oponerse a los intereses particulares y egoístas que atentan contra el bien común, capaz de autorregularse y ser consciente de las consecuencias de sus actos.

En Colombia, la educación debe cumplir la función social de canalizar la vida hacia la inmensa energía creadora que hemos derrochado en estas últimas cinco décadas, por cuanto hemos tenido la creencia de que en la guerra había que matar al enemigo. Hoy, con el proceso de paz, existe la convicción de que la

paz obliga a ponerle freno a la violencia y a utilizar el diálogo como mecanismo de mediación y alternativa para construir los acuerdos que ayuden a lograr un país más equitativo, más educado y en paz.

La cultura académica universitaria es quizás el instrumento pedagógico más importante con el cual cuenta la sociedad para llevar a cabo la función social formadora de ciudadanos, su eficacia pedagógica será visible en cuanto que si vive una cultura democrática real, la Universidad estará formando ciudadanos para la vida democrática.

Con respecto a lo anterior, es propio del espíritu lasallista trabajar para que la Universidad vaya bien, por esto concebimos a la persona humana como centro del desarrollo social, cultural y científico. Somos conscientes de que es más importante ayudar a los jóvenes a encontrar sentido a sus vidas que llenar sus cabezas de ideas, es más importante desarrollar la capacidad de seguir aprendiendo que el saber mucho. Se entiende por *sentido de vida* la razón que nos motiva e impulsa a vivir haciendo que las circunstancias sean abordadas con ímpetu y entereza (Meza, 2010). ¿Acaso, el aporte de nuestro granito de arena para la construcción de la paz no es también una hermosa oportunidad para encontrarle sentido a nuestra vida?

Pienso que si la guerra y la violencia son sinónimos de destrucción, la educación es un acto de fe, confianza e inspiración en el ser humano. Si en la semilla de lo humano está la cooperación, entonces, en nuestra realidad colombiana, la educación tiene que constituirse en el mayor acto cooperativo, asumido humana y colectivamente para construir la paz. Si bien es cierto que los seres humanos estamos hechos con la humilde y gloriosa madera de los sueños, nuestro sueño es que con la educación caminaremos hacia un país próspero y justo, al alcance de los niños, ese país que un día imaginó Gabriel García Márquez.

La educación conjuntamente con mejorar la vida de las personas enriquece a la sociedad, lo cual revela que es fundamental para el progreso y el desarrollo de los pueblos. La educación hace posible que aumenten las remuneraciones y la productividad, lo que redundará en la prosperidad de los individuos y la

sociedad. Permite a las personas tener una vida espiritual más digna y elevada, aporta a la sociedad beneficios culturales y políticos y puede estimular el sentido de independencia e iniciativa, que son bienes de enorme valor en la sociedad del conocimiento.

La educación es un agente civilizatorio y asumimos por *civilización* la capacidad de prever los alimentos para la subsistencia en un mundo que muere de hambre, la energía, la calidad del aire, el futuro del agua, la reparación de los bosques y de las selvas tropicales, las migraciones, el cambio de las costumbres alimenticias, las hambrunas, las consecuencias del crecimiento demográfico, las enfermedades y el impacto del cambio climático.

Con la fe que caracteriza a los lasallistas, confiamos en la capacidad e inventiva de todos los que participan en la misión educativa de la Universidad para continuar apostándole al desarrollo integral de la persona, a la transformación de la sociedad, al fomento de la cultura y a la búsqueda de la verdad.

Queremos continuar nuestra tarea de ser garantes de la unidad fraterna en nuestros lugares de trabajo. Hemos hecho la opción de participar activamente en la construcción de un país justo y en paz, teniendo presente nuestra tarea de contribuir a la formación de ciudadanos, que por sus conocimientos, sus valores, su capacidad de trabajo en equipo, su sensibilidad social y su sentido de pertenencia a nuestra tierra trabajan con esmero por la equidad y la justicia social, la defensa y afirmación de la vida, el progreso de la nación y el compromiso con el desarrollo humano integral y sustentable que nos conduzca al mejoramiento de las condiciones de vida de todos, para hacer posible que las generaciones futuras puedan existir en condiciones de dignidad y de libertad.

Para finalizar, creemos que la Universidad de La Salle, al otorgar el título profesional a tantos colombianos, además de ser este último importante y muy esperado para quienes lo logran, es de un inmenso valor para las familias. En una investigación realizada en Colombia, acerca de los recuerdos que guardan con más cariño las familias, las fotografías de grado ocupan un lugar especial, porque se asume que la educación nos puede dar los derechos que muchas

veces no puede darnos el origen social, en un país estratificado en clases. Por esto es significativo escuchar a diario de parte de las personas con las cuales compartimos, que la educación es la mejor herencia que le dan los padres a sus hijos.

Los lasallistas estamos comprometidos con la paz de Colombia y debemos desempeñar nuestra profesión con ética, hacer posible que nuestras acciones cotidianas tengan belleza en el mundo de la vida, en la familia, en el estudio, en el trabajo, en la empresa, en fin, en los lugares en los que interactuemos.

A manera de conclusión, para los que queremos contribuir con la paz de Colombia podemos reflexionar a partir de lo sugerido por Fernando Lucini (1996), de manera que desde la academia podamos darnos la posibilidad de encontrarnos con los valores como realidades gozadas y realizadas en la vida y en la experiencia presente y cotidiana, es decir, en el clima moral en el que se desarrolla la acción educativa.

De acuerdo con lo anterior, en la Universidad formaremos en la solidaridad si las relaciones que establecemos allí son solidarias; educaremos en la responsabilidad si esa responsabilidad impregna nuestros comportamientos; será coherente hablar de respeto y tolerancia si las relaciones que establecemos con las personas son respetuosas y tolerantes, en especial, con aquellas que por sus características individuales presentan mayores dificultades, y será posible educar en la igualdad si esa igualdad constituye una elocuente realidad en nuestra convivencia como adultos dentro de la institución. He aquí la influencia enorme que representamos los profesores en esta hora de la historia de Colombia, la mediación que realizamos entre el estudiante y el conocimiento debe ser coherente con la estética o belleza de nuestras acciones cotidianas.

## Referencias

- García, G. (1995). Por un país al alcance de los niños. En *Colombia al filo de la oportunidad*. Bogotá: Colciencias.
- Lucini, F. (1996). *Sueño, luego existo: reflexiones para una pedagogía de la esperanza*. Madrid: Anaya.
- Meza, J. (2010). Logopedagogía: educar para la búsqueda de sentido. En Fernando Vásquez (Ed.), *Periscopio universitario: reflexiones sobre educación, investigación y docencia* (pp. 115-132). Bogotá: Unisalle.
- Rojas, L. (1995). *Las semillas de la violencia*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Savater, F. (1997). *El valor de educar*. España: Plus.
- Soest, D. (1997). *The Global Crisis of Violence: Common Problems, Universal Causes, shared Solutions*. Washington: NASW Pres.
- Villa, S. (2014). Los problemas crónicos de la educación superior: urge una nueva universidad. *Universidad de Antioquia*. Recuperado de <http://www.udea.edu.co/portal/page/portal/bibliotecaAlmaMater/secciones/campus/2013/Los%20problemas%20cr%C3%B3nicos%20de%20la%20educaci%C3%B3n%20superior.%20Urge%20una%20nueva%20universidad>